

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, MAYO 1º DE 1873.

{ NUM. 35.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL MANOJITO DE GUINDAS.

En el primer día del mes de Mayo, madama de Clinville, viuda de un escribano le Paris, iba con su hija, doncella de unos catorce años, al hermoso jardín de las Tullerías, para respirar allí el aire de la primavera y suave fragancia de las flores. Al pasar por las galerías del palacio real, y en una de las tiendas de comestibles en que se reúne cuanto hay de más raro y temprano, alcanzó á ver la doncella un manojito de guindas colocadas con tal primor, y tan estrechamente enlazadas con frescas y espesas hojas, que no pudo menos de manifestarle á su madre el vivo deseo de poseerlo, aunque preveía que en aquella sazón habia de costar carísimo.

Madama de Clinville, que no habia negado jamás nada á su hija, muy moderada y sencilla por lo común en sus gustos, compró el manojito de guindas sin reparar en su subido precio, y se encaminó hacia las Tullerías con su querida Emelina, que era el nombre de su hija.

Después de haber recorrido las bellas calles de es-

te sitio verdaderamente encantador, fueron á sentarse en las sillas á la sombra de los grandes castaños. Apenas eran las diez de la mañana: este momento, el más acomodado para el paseo, no es con harta frecuencia más que el de la soledad. Parece que todas las petimetras de Paris se han impuesto á sí mismas la ley de no presentarse allí antes de las tres ó cuatro de la tarde, y tan de trapillo, que dan á entender que acaban de vestirse, y ven por la primera vez la luz del día. Por lo mismo, no hallaron madama de Clinville y su hija sino á poquísimos gente. Lo que más les llevó la atención, fué una dama bien parecida todavía, con traza por su exterior de ser persona muy distinguida. La acompañaba una joven doncella, casi de la misma edad que Emelina, vestida de blanco, y ocultando el más amable rostro con un sombrerillo verde, adornado con una guirnalda de margaritas blancas. Ambas vinieron á sentarse junto á madama de Clinville y su hija. La joven desconocida no podia apartar la vista del manojito de guindas, y hacia reparar á la dama que la acompañaba en la hermosura y particular simetría de él. Estaba pintado el deseo en sus ojos, y en todos los impulsos de su cuerpo; acercándose poco á poco finalmente á Emelina, le dijo con afable tono: «¿Qué hermoso manojito tiene

vd. ahí, señorita! su delicadeza no tiene igual más que en el semblante de vd.—Mas bien sería una copia del de vd., le respondió madama de Clinville; al verla á vd. con ese bonito sombrero verde, cree una vez una guinda bajo la hoja.—Lo que me extraña más, añadió la joven desconocida, es que esa señorita no ha tocado todavía esas guindas primorosas, que me parece han de ser tan agradables al gusto, como son vistosas á los ojos.—Es un regalo de mi madre, añadió modestamente Emelina; y es tan raro efectivamente, que me he propuesto no gozar yo sola de él. Si vd., señorita, quiere gustarlas conmigo..... *Lo que poseemos vale doble, cuando tenemos la dicha de partirlo con otros.*»

Estas últimas palabras que profirió Emelina con el acento más expresivo, hicieron una viva impresión en el ánimo de la doncella. «No puedes manifestarte insensible á tan insinuantes palabras, le dijo la buena dama que la acompañaba: ¿cómo resistir á la gracia, realizada con tanto afecto?.....» A esta insinuación, que una señal de aprobación acompañaba, la desconocida doncella desgajó la primera guinda del primoroso manojito. Emelina tomó la segunda, que llevó á la boca de su madre. La desconocida hizo lo mismo de la tercera con su hermosa compañera, y haciendo ambas doncellas des-

aparecer sucesivamente cada una de las guindas de que se componía el manojito, no quedaron ya luego mas que hojas en este.

Trabaron conversacion. Madama de Clinville, por medio de varias preguntas diestras y atentas, trató de saber el nombre de la del pulido sombrero verde; pero echando de ver que la dama compañera le hacia seña de que no se hiciese conocida, no pasó mas adelante en sus indagaciones. No se pasó por ambas partes de las atenciones usuales; y se separaron con todas las demostraciones del gusto que tan agradable encuentro habia proporcionado.

Al entrar en casa madama de Clinville y su hija, notaron que habia ido siguiéndolas un criado con librea encarnada, y que habia examinado al parecer atentamente el número de la casa en que vivian. Coligieron de ello que la desconocida dama habia querido saber quiénes eran, mientras que habia tomado todas las precauciones para ocultarles hasta el menor indicio sobre sí misma y la joven doncella del sombrero verde.

Se pasaron muchas semanas. No pensaba ya madama de Clinville en el lance de las Tullerías, cuando una mañana, mientras que se desayunaba con Emelina y Gustavo, hijo único suyo, alumno de la Escuela Politécnica, y de edad de diez y siete años, el portero de la casa en que vivia entró en su habitación, trayendo en una mano un ananas enteramente maduro, y una esquila en la otra con el sobre para la señorita de Clinville, cuyo tenor era este:

«Acaban de darme dos ananas: permítame vd. que le envíe uno de ellos, trayendo á su memoria las palabras notables que estoy oyendo salir todavía de la boca de vd.: *Lo que poseemos vale doble, cuando tenemos la dicha de partirlo con otros.*»

EL SOMBRERO VERDE.»

Madama de Clinville y sus hijos preguntaron en balde al portero, con el fin de saber quién habia traído esta esquila, y les respondió que era un mozo de cordel, quien habiéndola dejado en su garita, se habia vuelto sin decir nada. Emelina se resolvió fácilmente á partir con su madre y hermano el ananas, que no era á su vista mas que una justa retribucion del manojito de guindas; pero todo ello no sirvió sino de dar nuevo tormento al deseo de conocer á las dos desconocidas.

De allí á algun tiempo entró el portero en casa de madama de Clinville, trayendo un rico jarron de China en que habia un naranjo enano florido. Entregó á Emelina una segunda carta, con el sobre siempre para ella, y que contenia estas palabras:

«Para mis dias de Santa Clotilde, que fueron antes de ayer, recibí dos naranjos semejantes á este. Tenga vd. á bien aceptar uno..... *Lo que poseemos vale doble, cuando tenemos la dicha de partirlo con otros.*»

Añadió el portero que el jarron se le habia entregado por el mismo mozo de antes, á quien habia hecho en balde diferentes preguntas.

«¿Qué! dijo Emelina, ¿no he de saber quién es esta preciosa Clotilde del sombrero verde?—Déjalo de mi cuenta, dijo Gustavo, y tomo á mi cargo el buscarla. Píntamela solamente lo mas al vivo que puedas.—Es de mi talla, con corta diferencia, le respondió su hermana, pero mucho mejor formada que yo; tiene su gracia un no sé qué de majestuoso, y sus facciones, nobles y regulares, reciben nuevo realce de un aire dulce y alegre, que cautiva y seduce á un mismo tiempo. Su pelo, rubio y rizado, cae sobre sus hermosos hombros; y la blancura de su tez aumenta todavía lo lucido de unos bellos ojos azules, cuya espresion y viveza están leyendo al parecer en lo interior del corazon, y adivinando los pensamientos....—Por esa pintura, repuso Gustavo, preveo que si descubro á la bella desconocida, quedaré pagado de mis pesquisas con solo verla. Descuida en el deseo que tengo de serte útil, y en el que me trae ya impaciente de poder admirar tantas gracias reunidas.»

(Continuará.)

EL CANCON.

DRAMA BUFO EN DOS ACTOS Y TREINTA Y CUATRO CUADROS, CON UN PRÓLOGO Y DOS EPÍLOGOS.

ACTO SEGUNDO.

El mismo teatro representa el mismo cuarto adornado con la misma silla y el mismo espejito; la misma puerta á la derecha, la misma á la izquierda, y la misma al fondo.

Sale Chucha con un ramillete de á cuatro reales, y ensaya la arenga que ha de recitarle á D. Bonifacio, porque es día de su santo. Pepe asiste al ensayo.



Poco despues sale D. Bonifacio; Chucha, al verle, se arroja en sus brazos con todo y ramillete, y le dá un beso.



En seguida cife Chucha las sienas de D. Bonifacio con una corona, que no estaba á la vista del espectador para que la sorpresa fuese completa: luego se le planta delante, toma actitud, y declama los siguientes versos que vió impresos en un acreditado periódico de aquella ciudad:

«Como quiera que es hoy San Bonifacio,
Caro amigo de papá, yo te abrazo;
Y en prueba de frenética amistad,
Te deseo toda felicidad.»



D. BONIFACIO (*enterrecido*).—¿Quién hizo esos versos?

CHUCHA (*con modestia*).—Yo, Señor D. Bonifacio.

D. BONIFACIO.—¿Tú, hijita? ¡ya se conoce! ¡y qué lindos te salieron! (*la abraza con efusion*).



D. BONIFACIO (*á Pepe*).—¿Y tú, Pepito, no me dices nada en el dia de mi santo?

PEPE (*con orgullo*).—Yo he aprendido una fábula del Sr. Pepe Rosas.

D. BONIFACIO.—A ver, á ver la fábula.

PEPE (*con sonsonete*).—Cierta gallina un dia
Saltando de alegría.....

Verde y recién cortada
Hallóse en su camino un burro viejo.....
Un burro viejo.....
Que era en todo el país ladrón famoso.....
Dijo con gran ternura,
Y pisó varias veces la ventura.....
Nadando pensativo.....

D. BONIFACIO.—Aguarda, aguarda, que me parece que te has embrollado. Pero no importa; en tu buena memoria se conoce tu buena voluntad. Te agradezco la fábula, como si me la hubieras dicho bien, y en prueba de ello, voy á hacerle á cada cual un regalito. (*Se vá, y vuelve trayendo una rosca de bizcocho y el polichinela del Cancon*). (*Aparte*). Esta es la oportunidad para entregar á su destino el polichinela (*En voz alta*). Toma, Chucha, sóplate ese rosquete. Para tí, Pepito, es este polichinela; se llama Pif-paf; cuídalo mucho, porque no hay otro igual. (*Se frota las manos*).



(Pone Chucha su rosca sobre una silla, y se vá con D. Bonifacio. De repente se arroja Pepito sobre ella, es decir, sobre la rosca, y la devora en un decir Jesús, sin dejar migaja. Entonces Pif-paf, testigo de su glotonería, le manifiesta su disgusto con un ademán que hiere á Pepe en lo vivo).



(Vuelve D. Bonifacio con Chucha, la cual busca con inquietas miradas su rosca).

D. BONIFACIO.—¿Qué sucede, Pepito? ¿no juegas?

PEPE (*con tono huraño*).—¿No me gusta mi purchinela!

D. BONIFACIO.—En primer lugar, no se dice *purchinela*, sino *polichinela*.

PEPE.—Yo no puedo decir *polichinela*.

D. BONIFACIO.—¿Y por qué no te gusta Pif-paf, vamos á ver?

PEPE.—¿Porque me ha pegado..... sí, me ha pegado! Está vivo.

D. BONIFACIO.—No puede ser.

CHUCHA (*con la voz empapada en lágrimas*).—¿Mi rosca! ¡yo quiero mi rosca!

PEPE (*con descaro*).—Se la comió Pif-paf.

(No bien ha articulado Pepe semejante mentira, cuando Pif-paf le brinca encima como si fuera un mono, y le tira de los cabellos con energía).



D. BONIFACIO (*aparte*).—¿Vaya un polichinela maravilloso! ¿Qué apostamos á que el tal Cancon es mágico?

(Pepe se dá prisa á abandonar la escena, para poner punto á las finezas de su amigo Pif-paf. Pero este se agarra de él con obstinación).

EL IRIS.

¿Habeis visto, mis queridos lectorcitos, cuando despues de haber caído un terrible chubasco, se dibuja en el cielo, sobre el blanco fondo de una nube, una faja de colores? Es el iris. Mas de una vez os habreis asombrado al ver sus limpios colores, ¿no es verdad? Y á fé que teneis razon; el iris es una de las muchas maravillas, una de las incontables bellezas con que la naturaleza se engalana.

No sé qué sentimiento de dulzura se apodera del alma, cuando despues de haber visto el cielo cubierto de amenazadores nubarrones, le vemos azul y trasparente estenderse sobre nosotros; cuando despues de haber visto caer el agua á torrentes, doblegando los árboles y las plantas, vemos suspendidas en las hojas de esas mismas plantas, de esos mismos árboles, multitud de líquidas perlas, que reflejan deslumbrantes colores al ser atravesadas por el vivificante rayo del sol, ó por el poético rayo de la luna; pero aun mas difícil de explicar es el sentimiento que se apodera del espíritu cuando despues que ha pasado una tómpestad, despues que nuestra pupila se ha deslumbrado con la fosfórica luz del relámpago, puede deleitarse con los apacibles colores del iris, reflejados por la misma ténue nube que, antes espesa y negra, lanzaba de su seno el rayo devastador.

El iris, un fenómeno tan sencillo; el iris, que bastan para producirlo una menuda lluvia, ó una nube convenientemente colocada, es, segun una antiquísima tradicion, el signo de paz y perdon que el Hacedor Supremo dió á los hombres en prenda de su amor. Los hombres eran malos, y las cataratas del cielo se abrieron para anonadarlos. Sin embargo, no todos perecieron; sobre la inmensidad embravecida de las aguas, flotaba un arca; el hombre justo que habia hallado gracia, estaba dentro de ella; y cuando las aguas bajaron, despues que recibió del pico de la cándida paloma el húmedo ramo de oliva, cuando pudo levantar un rústico altar, alzó su vista al cielo y vió que el iris esténdia sobre él su magnífica banda de colores, y presintió en ella el signo de la paz.

Vosotros podeis tambien, mis queridos niños, ser el iris de paz de vuestro hogar; ¿no comprendéis cómo pueda ser eso? pues es muy fácil. Sed dóciles, sed estudiosos, amad á vuestros padres, y vereis reflejarse en sus semblantes la serenidad del cielo; vuestra virtud, vuestro amor, vuestras caricias, serán el iris de paz que terminará, embelleciéndola, las tempestades de su vida.

ANGELA LOZANO.

México, Abril 15 de 1873.

EL MOLINERO.

(FABULA.)

Nuestros romances de ciego
(Jácaras que dicen otros),
Ya se sabe que empezaban
Exactamente de un modo,
Para cantar las proezas
De algun insigne galopo,
Que acabó suspenso en horca
Sus dias facinerosos;
Para referir con gracia
Las trapisondas y embrollos
De alguna bruja tres veces
Baqueteada en el lomo;
O bien para describir
Los sucesos portentosos
De Mari-Muñoz la tuerta
Y Andrés Chaparrin el sordo.
Principiaban los poetas
Pidiendo al Señor devotos
Favor para celebrar
Lances que inspiró el demonio.
Yo que un romance de aquellos
Enjaretar me propongo,
Seguir quisiera un estilo
Tan general y piadoso;
Pero temiendo que digan
Que no es de fábulas propio

Nombrar á Dios ni á la Virgen,
Ni al celeste consistorio,
Ya que haga una invocacion,
Segun la norma que adopto,
Invocaré un personaje
Fabulable y fabuloso.
Tú, lazarillo de Tórmes,
Sison célebre entre todos,
Tú que tan cara pagaste
La longaniza y el mosto;
Ya que segun nos referes
En esas páginas de oro,
Bajo el techo de un molino
Abriste á la luz los ojos;
Inspira mi lengua sosa,
Dale tu decir donoso
Para que el garbo engrandezca
Del molinero Geromo.

Gerónimo Garranchon,
Ágil y robusto mozo,
De vista de águila y manos
Como entre de gato y mono,
Alquilaba de ordinario,
Cual diestro en aquel negocio,
El molino de la harina
De un pueblo cerca de Toro.
Los molineros allí,
Desde el tiempo de los godos,
De todo el trigo que muelen
Se hacen en especie cobro.
Maquilar llaman á esto;
Mal-quitar, sostuvo un docto
Que fuera mejor; la causa
Búsquela por sí el curioso.
Maquila es la cantidad
Que el labrador por abono
Cede al molinero en cambio
De hacerle su grano polvo.
A Geromo, de maquila,
Tocaba en fanega solo
Medio celemin rasado,
Sin una línea de colmo;
Pero él las cosas á medias
Las miró siempre con odio,
Y á pares los celemines
Maquilaba sin rebozo.
—Es (clamaban los vecinos)
Cosa que nos vuelve locos.
Trigo que dé menos pan,
Nunca lo vimos nosotros.—
Esta merma ocasionó
Quejas, riñas y alborotos,
Y fué quitado el molino
Al tal picaron de á fólio.
Tomólo un amigo suyo,
Que siendo sison mas corto.
Comparándole al primero,
Era concienzudo y *probo*.
Tuvo el nuestro que moler,
Despues que sufrió el despojo,
Una fanega de aquellas
Que ganó, ya dije cómo;
Y encontró á su sucesor
Fuera del molino en corro,
Jugando con siete holgones
Una merienda de pollos.
—¿Tienes prisa? dijo el nuevo.
—Sí.—Pues yo no me incomodo.
Muele y maquila por mí.
—Corriente: á ver si me porto.—
Descargó y entró el costal;
Hinchó la tolva, y de pronto
Lleno de trigo sacó
Un esporton ancho y hondo.
—¿Habré maquilado bien?
(preguntó al nuevo, Geromo.)
El hombre, viendo la espuerta,
Le contestó con asombro:
¿No mueles una fanega?
—Sí.—Pues, si no me equivoco,
En ese capacho sacas
Tres celemines.—Y bobos.
—¿Y es el trigo tuyo?—Mio;
Pero es tan blanco y tan gordo,

Que maquilar la mitad,
Aun me pareciera poco.

*Es natural: ciertos vicios,
Cuando se arraigan á fondo,
A costa de cuanto tiene
Los ejercita el vicioso.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO VII.

Del modo de conducirnos con nuestra familia.

I

Nuestra conducta en sociedad no será nunca otra cosa que una copia en mayor escala de nuestras costumbres domésticas; así es que el hábito de ser atentos, respetuosos, delicados y tolerantes con las personas con quienes vivimos, hará resplandecer siempre en nosotros estas mismas cualidades en nuestras relaciones con los estraños.

II

Si bien es cierto que la confianza que nos inspira el círculo de la familia es una fuente inagotable de los mas puros goces, pensemos que, cuando se la entiende mal y se la exagera, se convierte en un escollo en que fracasan las mas importantes prescripciones de la urbanidad.

III

Las personas ignorantes en materia de educacion, creen que la franqueza las autoriza para usar entre su familia de palabras y acciones verdaderamente indecorosas y ofensivas, las cuales relajan los resortes de la delicadeza, prostituyen la confianza y abren paso siempre á la discordia, cuyo fuego amenaza tanto mas de cerca las relaciones sociales, cuanto mayor es la libertad que brinda la intimidad del trato, y menor la estimacion y el respeto que lo presiden.

IV

Nuestras palabras y acciones tendrán siempre por regla y por medida el deseo de complacer á las personas que nos rodean, la firme intencion de no ocasionarles ningun disgusto, y el deber de guardarles todos aquellos miramientos y consideraciones que la delicadeza exige.

V

El respeto que deben los hijos á sus padres no excluye en manera alguna los dulces placeres de una confianza bien entendida. Por el contrario, aproximando sus corazones, se acrecentará y fortalecerá cada vez mas su recíproco afecto; y nunca será un hijo mas obediente y respetuoso, que cuando á los estímulos del deber haya de añadir los de una franca amistad.

VI

Pero si bien el padre ha de cuidar de no traspasar los límites de su autoridad, alejándose así la confianza del hijo, jamás le será lícito á este el adquirir un grado de familiaridad tal que profane los sagrados deberes que la naturaleza y la moral le imponen.

VII

Nada puede haber mas impropio que una discusion acalorada entre padres é hijos. Desde que la voz del padre no es por sí sola bastante respetable para imponer moderacion y comedimiento al hijo, y tratándose de igual á igual se entregan juntos á los arranques de la ira, ya no hay dignidad en el uno, ni moral en el otro, ni buena educacion en ninguno de los dos.

VIII

El respeto que debemos á nuestros padres se estiende á nuestros tíos y á nues-

tros hermanos mayores, en la gradacion que ha establecido la misma naturaleza; y la intimidad del trato doméstico no nos escusa de tributárselo, bien que sin llevarlo hasta el punto de entibiar la cordialidad y la franqueza que deben reinar en nuestras relaciones domésticas.

IX

La tolerancia es el gran principio de la vida doméstica. Si la diversidad de caracteres, inclinaciones y costumbres, hace nacer á cada paso motivos de desavenencias en el trato con los estraños, con quienes tan solo nos reunimos ocasionalmente, ¿qué será en el trato con nuestra familia, con la cual vivimos en un constante é inmediato contacto? Y si debemos ser tolerantes con los estraños, así por urbanidad como por la conservacion del bien precioso de la paz, ¿con cuánta mas razon no deberemos serlo para con las personas de nuestra familia, en quienes no podemos suponer jamás la dañada intencion de ofendernos?

X

Suframos, pues, con afectuosa resignacion y prudencia, las pequeñas contradicciones que hemos de encontrar á cada paso en el seno de la vida doméstica, y ahogemos al nacer todo gérmen de discordia que pueda venir á turbar mas adelante la armonía y la paz que, como ya hemos dicho, son el fundamento del orden, el contento y el bienestar de las familias.

XI

Es un signo de mala educacion el conservar en la memoria las palabras y acciones desagradables que en los ligeros desacuerdos de familia se hayan empleado; y no es menos incivil el echarlas en cara á sus autores, como un medio de ataque ó de defensa en ulteriores altercados ó discusiones.

(Continuará.)

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

«El hombre que se conoce á sí mismo,» dice Ciceron, hallará en sí rasgos de la Divinidad; y conduciéndose como una representación de ella, evitará experimentar ó hacer nada que avergiñe á este gran don de Dios.

«Cuando se haya investigado enteramente y probado rigurosamente á sí mismo, llegará á conocer con qué altas dotes le introduce la naturaleza á la vida, y cuántos medios posee de alcanzar la sabiduría.

«El hombre permanece en el mundo con dotes de entendimiento y alma que, aunque estén como bajo un velo, deben por fin elevarle á la condicion de hombre bueno, y por tanto feliz, cuando haya hecho uso de toda su fuerza, guardando al mismo tiempo cerca de él á la sabiduría, como una guía.

«Llevar al hombre á este fin, por medio de la instruccion y de la educacion, es la alta tarea del arte del educador. No puede presentarse ante él otro objeto mas sublime, que desarrollar al hombre natural, en un hombre moral é intelectual.

«Porque este objeto es la promocion de la dignidad y el mejoramiento del destino y la dignidad de la naturaleza humana, en el que habla la voz de Dios.»

¿Qué ofrece al hombre una segura guía?

Solamente la sabiduría, una parte de la cual es, preservar sin daño y sin contaminacion el genio interior.— M. AURELIO ANTONINO.

El mejor método es hacer aprender á los niños las cosas mas útiles.

La literatura es solo un adorno.

Por tanto, el niño debe aprender á formar opiniones; con este fin, la instruccion debe darse á menudo oralmente.

La justicia y el deseo de saber, deben ser colocados en el niño; debe ser instruido temprano en la moralidad; esta presenta la virtud bajo una forma amable.

Las acciones de un jóven constituyen la verdadera piedra de toque de lo que ha aprendido.— MONTAIGNE.